Consideraciones acerca de los 50 años del Golpe Civil-Militar y el psicoanálisis

Resumen La reciente conmemoración de los 50 años del golpe reunió en un trabajo colectivo a diversas instituciones psicoanalíticas a propósito de una reflexión compartida y la realización de un acto conjunto. Esto dispone una reflexión sobre las complejidades de esta acción ejercida, que remite a la relación de los psicoanalistas (y el psicoanálisis) con los hechos sociales y políticos.

Palabras Clave institución – política – psicoanálisis – psicoanalista.

Juan Flores

Gradiva - Vol. XII - n. 2 - 2023 - pp. 12-23

El pasado jueves 24 de agosto se realizó, con ocasión de los 50 años del golpe civil-militar en Chile, un encuentro conmemorativo, para reflexionar y dialogar sobre este acontecimiento. Para nosotros, psicoanalistas, este podría haber sido uno de los cientos de actos que se efectuaron en el territorio nacional y en el extranjero, sin embargo, este tenía una cualidad especial. Por primera vez (y eso ya lo configura como un hecho histórico), diversas instituciones psicoanalíticas, organizaciones y grupos de orientación psicoanalítica trabajaron colectivamente a través de una comisión organizadora, para arribar a reflexiones y miradas compartidas, respecto a cómo aproximarse a la historia de nuestro país. Esto se desplegó a través de distintas mesas y de un diálogo con el público asistente y otro que acompañó virtualmente.

A partir de este trabajo compartido, se generó un exitoso acto donde se expusieron los trabajos de las distintas perspectivas psicoanalíticas, en torno al 11 de septiembre de 1973. Un extracto de la declaración conjunta planteaba lo siguiente:

"Cerca de cumplirse medio siglo del Golpe de Estado, nos parece de suma importancia que, como psicoanalistas, demos lugar y podamos leer un hecho que marca la historia y la subjetividad de nuestro país. Dar espacio a narrativas y reflexiones que nos permitan pensar en lo traumático hoy, en cómo opera en nuestros lazos, voces y silencios, y en cómo atraviesa a varias generaciones. La memoria es un proceso vivo. Un trabajo que nos compete, una clave de lectura del presente. Nuestro llamado es entonces a pensar la memoria psicoanalíticamente, no como fija ni como un evento. Es historización, pero también toma de posición. Así, desde este lugar nos preguntamos, ¿cómo pueden los psicoanálisis en Chile contribuir a dar un paso hacia la democracia, justicia y reparación?". (Declaración Comité Organizador, 2023)

Es posible que se pudiera interrogar a este suceso desde cuestionamientos que históricamente se ha planteado desde el movimiento psicoanalítico: ¿por qué los psicoanalistas deberíamos hacernos presentes en los acontecimientos sociales y políticos? ¿Nuestra

postura, no debiera estar lejana y prescindente de hechos como estos? ¿Es pertinente que instituciones psicoanalíticas planteen posiciones de esta naturaleza? ¿Lo político no debiera estar distanciado del psicoanálisis, ya que atenta contra la neutralidad esperada?

Por cierto, son preguntas pertinentes y plausibles, y estamos en un terreno de total legitimidad para plantear estas aprehensiones, más aún, han estado presentes desde el inicio en la historia del movimiento psicoanalítico y sus instituciones, tensando su praxis y generando respuestas diversas.

Lo que es claro, desde Freud mismo, es que el psicoanálisis ha reivindicado la dimensión social del sujeto, como queda claro en su postulado de que la psicología individual es simultáneamente psicología social (Freud, 1921).

Aún más, lejos de ensimismarse en el abismo de la mente humana, Freud se sintió obligado a extender sus indagaciones más allá del psiquismo y del inconsciente individual para dar cuenta del "malestar en la cultura", asomarse a la "psicología de las masas", abordar las "ilusiones" religiosas, dar la palabra a los mitos, interrogar al arte y a la literatura de su propio tiempo y de épocas pasadas. Tampoco fue indiferente a la política, al menos en sus manifestaciones más generales y a pesar de su escepticismo respecto de la posibilidad de eliminar el sufrimiento humano por la vía del cambio social (al que no dejaba de considerar positivo) dedicó profundas reflexiones a la guerra. En ellas queda clara su actitud escéptica frente a la naturaleza del alma humana, de manera que "su progresismo sin ilusiones no debería soñar con erradicar las pulsiones de crueldad y de poder, tanto las que dependen de lo cotidiano como las que desgraciadamente abundan en la historia" (Major y Tallagrand, 2007, p. 196).

Tampoco desdeñó elaborar (con la colaboración de William Bullit) un estudio biográfico sobre el presidente estadounidense Thomas Woodrow Wilson ("padre" de la Sociedad de las Naciones, cuya figura despertaba en él una fuerte antipatía), trabajo en el cual eludió las tentaciones de una psicobiografía para exponer "la continuidad entre los sueños mesiánicos de un hombre llegado al poder y la fantasía de deseo de un pueblo" (Major y Tallagrand, 2007, p. 192).

Perrés (1998) señala que Freud, en especial, y sus primeros discípulos:

> "se confrontaron críticamente a la sociedad, a la cultura, para hacer una lectura psicoanalítica de ella, a partir del estudio de los efectos del inconsciente. La preocupación por la relación individuo/sociedad (exigencias impuestas por la cultura a la vida pulsional, sometimientos a las normas para la vida en sociedad, etcétera), existió siempre en el joven Freud pudiendo encontrársela en sus intercambios epistolares". (p. 5)

Este interés, siempre crítico por "la cosa social", que lo llevaba a intentar el abordaje de las implicaciones del inconsciente en la sociedad, estuvo siempre presente en el movimiento psicoanalítico, e incluso después de la institucionalización de éste y el afianzamiento de las corrientes que buscaban (con éxito, en muchos casos) desviar su rumbo hacia un cauce de "adaptación" social. A pesar de ello, el espíritu original, el soplo vital renovador (y ciertamente contestatario) insuflado por Freud nunca dejó de hacerse sentir.

Como explicita Rozitchner (2003), "Freud (...) mostrará que dentro del campo llamado «subjetivo» persisten, como categorías descriptivas de su comprensión y funcionamiento, las categorías presentes en el orden represivo social" (p. 19).

Esta persistencia remite a una circulación. Entre sujeto y sociedad se anudan lazos y se establecen vasos comunicantes, correas de transmisión, canales por los cuales circula el orden social tal como éste se inscribe en los sujetos. Los modos de circulación de ese orden se apoyan, son modelados por el primer núcleo de inclusión social al que el hombre se incorpora: la familia. Es ella el instrumento fundamental de la transmisión del vínculo social. Ahora bien, para Freud:

"el vínculo social, lejos de ser explicable por la existencia de una única y «gran» familia, isomorfa o similar a la célula familiar propiamente dicha, se mantendría como una cadena interminable de «vínculos libidinales» que van especificándose al distanciarse de la célula familiar, conservando una relación constante con esta". (Loureau, 2001, p. 157)

De tal manera se pone en evidencia que ese vínculo no corresponde a una homología de formas producto de una "esencia" única inmanente (lo que sí permitiría afirmar el vínculo como un hecho "natural" y ahistórico), sino que depende de las condiciones de tiempo y lugar que le son propias. En ese sentido, "lo que está estructurado libidinalmente no es la «sociedad» como vasta organización de los posibles, sino cada eslabón constitutivo del vínculo social" (Loureau, 2001, p. 157).

No es pertinente buscar entonces una "libido social", sino determinar los canales por los que la libido circula entre los distintos sujetos, las mediaciones y atravesamientos que la marcan y las modalidades que va asumiendo, para entender las maneras en que todo esto va dejando sus huellas, dando forma particular al vínculo social.

Rozitchner (2003) afirma que, "en Freud se trataría de explicar la estructura subjetiva como una organización racional del cuerpo pulsional por imperio de la forma social" (p. 19).

Ahora bien, esa forma social, organizadora de la estructura subjetiva, obviamente no puede ser ignorada en el análisis. Para que éste pueda tener lugar y que ese lugar no sea ocupado por un cierto simulacro:

"se hace necesario articular los puntos de continuidad y de ruptura entre el conflicto psíquico y el conflicto social, los umbrales en donde se marcan la entrada y la retracción de lo político, dónde se neutralizan las relaciones del sujeto a la ley y las relaciones de la ley a la legitimidad del deseo". (Major, 1984, p. 6)

La necesidad simultánea de mantenerse atento (cerca) y de tomar perspectiva (distancia), de las condicionantes histórico-sociales implicadas en el acto analítico, eludiendo las propuestas (las trampas) identificatorias que surgen tanto desde el medio social e histórico como desde el mismo paciente y desde el analista, para concentrarse en el deseo inconsciente de aquel sin caer en un reduccionismo negador de lo que el mundo material pone en el camino del análisis, obliga al analista a extremar precauciones, y la consigna de mantener en la escucha analítica una "atención flotante", necesaria para dar lugar a un diálogo que no caiga en aleccionamiento, puede mostrarse a veces insuficiente para ello.

Si el psicoanálisis está implicado en su relación con la realidad y el mundo, es lógico que se le reclamen actitudes acordes a esto, es decir, que se le marquen ciertos "deberes". Habrá quienes desde su propia visión ideológica le piden al psicoanálisis (y al psicoanalista) un compromiso activo con las luchas sociales y de liberación. Habrá otros que, desde el otro extremo, le asignarán funciones adaptativas, es decir orientadas hacia el control social y la sumisión de las disidencias. Aunque ambas alternativas sean ideológica y prácticamente posibles (y de hecho ambas encuentran sus defensores), no son en absoluto equivalentes desde el punto de vista del psicoanálisis. Convertir a éste en un instrumento de promoción de las posiciones sociales y políticas del analista –sean cuales fueran– representa un avasallamiento de la intimidad del sujeto, imperdonable éticamente e incompatible con los postulados esenciales que hacen posible el psicoanálisis. Pero la negación de lo social y político o su inclusión en el análisis marcan también una divisoria de aguas.

Las incompatibilidades ideológicas entre analista y paciente pueden, sin duda, complicar el análisis de la relación transferencial, e incluso imposibilitar la tarea analítica, en la medida en que el terapeuta pierda la posibilidad de manejar su propio deseo inconsciente de modificar al paciente en una determinada dirección o no quiera "hacerse cómplice" de lo que representa su paciente, o, inversamente, cuando el paciente no se sienta en condiciones de hablar y asociar libremente frente a su analista. Sin embargo, es poco frecuente llegar a semejantes extremos, tanto paciente como analista suelen hacer una selección previa, y en general, las diferencias que pudieran surgir no llegan a ser tan conflictivas. Sin embargo, la negación de la dimensión colectiva del sujeto no es neutra.

La tarea de Freud, en cuanto pionero para "abrir el camino" en esa dirección, nunca fue abandonada por el psicoanálisis. La presencia de lo colectivo a cada paso en el análisis era demasiado obvia, y era necesario un esfuerzo consciente y continuo de negación para apartarlo. Aún en lo más íntimo de la consulta, "de los problemas que cotidianamente nos presentan nuestros enfermos, vamos entrando, insensiblemente, querámoslo o no, a los de la familia, la comunidad, del país y del mundo, en el que estamos inmersos" (Bermann, 1964, p. 241-2). Por cierto, en gran parte de las instituciones psicoanalíticas ha sido hegemónica la tendencia de no considerar estos elementos actuando en la relación terapéutica, limitando las intervenciones "sociales" del psicoanálisis casi exclusivamente a las improvisaciones mediáticas de algunos de sus miembros, sin profundizar seriamente la investigación ni hacer ningún intento por redirigir la escucha en dirección del "discurso social".

Como relata Emilio Rodrigué: el intento de dar un mayor sentido social al psicoanálisis, sirvió para socializarlo (eso era y sigue siendo importante). Pero socializar no quiere decir entender lo social. Ahí, según Rodrigué, estaba el error (Rodrigué en Martínez, 1970). Lo social seguía manteniéndose básicamente impenetrable al psicoanálisis. Pero al menos se lo había traído a la superficie, se lo volvía a hacer visible.

Algunos adoptaron una posición de franco escepticismo respecto de las posibilidades de avanzar en la tarea. Castel, que no hace una oposición cerrada y sistemática al psicoanálisis, sino que delinea con seriedad y respeto una serie de objeciones tanto a nivel de la teoría como de la práctica, sostiene, en particular, que "en cuanto tal, el psicoanálisis oculta siempre los problemas sociopolíticos" (Castel, 1980, p.11).

La fórmula es taxativa: para Castel la ocultación no es ocasional ni depende de una aplicación defectuosa de la teoría: sucede "siempre". De manera que, en la medida en que resulta imposible (desde el psicoanálisis) percibir con suficiente nitidez los problemas sociopolíticos, solo cabe deducir que "los sostenedores de una revolución por el psicoanálisis tienen realmente una concepción idealista de la revolución, de la historia y de la sociedad" (Castel, 1980, p. 95). La "revolución por el psicoanálisis" ha sido, en efecto, una aspiración (incluso una inspiración) para muchos psicoanalistas que sintieron la necesidad de comprometerse con las luchas y conflictos sociales e históricos que atravesaban sus vidas. Aspiración utópica, sin duda, omnipotente quizá, pero que puso sobre el tapete la necesidad de nuevos desarrollos teóricos, de explorar regiones nuevas con el instrumento conceptual desarrollado por el psicoanálisis, tanto en el interior del inconsciente como fuera de él.

No es que el psicoanálisis haya sido por completo estéril desde el punto de vista social, a pesar de las limitaciones mostradas por Castel en cuanto a sus reales efectos sobre las relaciones sociales, los modos de vida concretos, las prácticas de la vida cotidiana de los sujetos. Para Gregorio Barenblit:

"aquellos atributos definitorios del hombre, aquellos que lo hacen tal, se adquieren en el proceso de socialización, luego el terapeuta encargado de curar al hombre enfermo cura la parte de la sociedad que está incluida en la esencia del hombre mismo". (Barenblit en Bermann, 1964, pp. 241-242)

Cura parcial, limitada, puntual. Pero "terapia social" al fin, aunque sea a escala "micro". En esas condiciones, es cierto, alcanzar algún efecto a proporción de la sociedad se presenta como un trabajo de hormiga, inacabable, interminable; quizá irrealizable. Además, y por sobre todo, limitado por la falta de sistematización de las condiciones necesarias de escucha, de elaboración de los conceptos capaces de dar cuenta de lo observado en ella y de su organización en un cuerpo teórico organizado. Ahora bien: sin avanzar en estas tareas es difícil ampliar las miras del psicoanálisis y desarrollar el alcance de sus conocimientos y efectos sociales. Es difícil ver más allá de la "luz indirecta" que proyecta la sociedad sobre el inconsciente, iluminar la realidad social y política de frente, en lugar de percibirla solo "a través de su reverso".

Sin embargo, aún para Castel (1980), cuyas críticas no le impiden reconocer en el psicoanálisis un valioso y renovador instrumento terapéutico y de investigación del inconsciente, el psicoanálisis:

"es capaz, de cierta manera y en ciertas circunstancias bien precisas, de liberar al individuo de ciertas restricciones sociales" [por la vía de] "nuevos investimentos que expresarían la lógica de su deseo más bien que el peso de los determinismos políticos y sociales". (p. 95)

Así, al menos se alcanzarían ciertos resultados (del orden al que se refería Baremblit) a nivel de las relaciones entre el individuo y la sociedad, un relativo "desplazamiento de los límites" entre ellos, un replanteo en beneficio de una mayor libertad del sujeto.

En realidad, la "vinculación" social del psicoanálisis cuenta hoy con instrumentos más diversificados. Por un lado, por el desarrollo de una serie de prácticas terapéuticas (terapias de grupo, de pareja, de familia, psicodrama, etc.) en las cuales se aplica la teoría psicoanalítica,

pero que llevan a planteos técnicos distintos, y por el otro, por la participación (escasa) de psicoanalistas en instituciones asistenciales, públicas o privadas, que presentan condiciones distintas y apuntan a un público bastante más diversificado que el que tiene acceso al consultorio privado.

En ellas, el psicoanalista se ve obligado –no siempre de buen grado, y en un contexto a menudo desfavorable, con efectos potencialmente benéficos en cuanto a la flexibilización del dispositivo de escucha– a llevar adelante la tarea terapéutica por fuera de las reglas de encuadre convencionales, aunque mantenga el abordaje de la situación desde la teoría psicoanalítica. En todos esos ámbitos, el psicoanalista tiene la ocasión de entrar en contacto con realidades distintas, de ampliar su escucha, de investigar más allá del dispositivo clásico de encuadre.

En esa tarea, el psicoanalista con vocación social se encuentra enfrentado a los adversarios que el psicoanálisis ha ido acumulando en su historia. Jorge R. Volnovich (2003) señala:

> [un] "triple embate de los psicoanalistas vinculados a los programas sociales: con el Estado y los aparatos de poder societario políticos, económicos y subjetivos; la propia corporación psicoanalítica y finalmente la inscripción del psicoanálisis en el imaginario social como un tratamiento para una élite de personas inteligentes, o sea de la burguesía. En ese contexto, los psicoanalistas, en su devenir político-social perciben claramente el cambio que sufren en su implicación: son psicoanalistas y militantes de una causa". (p. 6)

Si la implicación social del psicoanálisis se revela a la vez necesaria y problemática, la actuación política tampoco le ha sido ajena, aunque siempre se trató más bien de atender a la política interna, a los conflictos que tenían lugar dentro de las instituciones, o bien de disputas entre ellas.

La presencia del psicoanálisis en la política ciudadana ha sido siempre manejada desde las instituciones, y ha estado caracterizada por su carácter más bien episódico y, las más de las veces, incluso con Freud, por estar cargada de oportunismo. En cambio, desde el campo teórico, la discusión política del psicoanálisis –y dentro de él– ha sido continua. Desde algunos sectores se le reclamó una participación activa, en línea con su "vocación revolucionaria", en los conflictos sociales o, por el contrario, se lo acusó de cumplir una función esencial en la reproducción del sistema de dominación.

El psicoanálisis se encuentra con un problema cuando quiere abordar la realidad extra-psíquica, ya que, como señala Castel (1980), "no dispone en sí mismo de categorías para aprehender el poder, lo social, lo político, etc., en su objetividad no psíquica" (p. 201). Eso resultaría así "inanalizable". En realidad –y Freud siempre se encargó de destacarlo– "el psicoanálisis *no es la psicoterapia*, ni siquiera la psicoterapia psicoanalítica" (Castel, 1980, p. 40). Es –siempre quiso ser– antes que nada, una teoría del funcionamiento de la psiquis y un instrumento de investigación.

Las funciones terapéuticas –unidas y consustanciales al método analítico, al punto de haber terminado por ocupar el centro de la escena y desplazado a los otros aspectos– resultaban ser, si no accesorias o secundarias, más bien una derivación, una consecuencia de su aplicación. El análisis no apuntaba directamente a una meta terapéutica, tampoco

podía hacerlo, en la medida que no había un lugar definido al que encaminarse: ésta se encontraba en el camino. De hecho, la "cura" no consiste en la vuelta a un estado original alterado por obra de la neurosis, sino en la construcción de un nuevo equilibrio psíquico.

Como teoría –como instrumento de conocimiento del inconsciente– el psicoanálisis aporta algunas particularidades e innovaciones radicales. En lo que respecta a las tentativas realizadas en el sentido de utilizarlo para intentar aproximarse a las conflictivas del poder, de lo social y lo político, más allá de lo psíquico, ha debido, sin embargo, enfrentar los obstáculos que levantaba su propia estructura orientada hacia el interior más íntimo del sujeto. De hecho, para Castel (1980):

"las dificultades con las que ha tropezado el psicoanálisis para salir del marco que lo ha originado, el del tratamiento de las neurosis, y especialmente, ante todo en Freud, del de las neurosis llamadas de transferencia, son en realidad dificultades que plantea el desplazamiento de este dispositivo". (p. 41)

Particularmente porque este dispositivo se basaba –para la observación del inconsciente– justamente, en la "puesta entre paréntesis" de los aspectos no psíquicos de la realidad.

Pero la capacidad del psicoanálisis de comprender los hechos sociales se encontraría también trabada –además de por el dispositivo analítico– por ciertos aspectos de su teoría, aspectos que destaca Castel (1980) al señalar que:

"una doctrina que percibe la exterioridad bajo la forma del «principio de realidad», o sea, según la dialéctica del investimento, el retiro de investimento, el contrainvestimento, etc., (renunciamiento, derivación, desplazamiento...), no puede proporcionar nunca un enfoque directo de lo que es propiamente social en lo social. Sólo arroja sobre él una luz derivada, a partir de los intereses libidinales de los individuos, únicamente". (p. 217)

Saltar desde la libido individual a la sociedad, como hemos visto, implica seguir una larga y compleja cadena de anudamientos subjetivos, y aun así nos llevaría, según Castel, a percibir sólo una imagen refractada, un espejismo, de algún modo incompleta y en muchos aspectos engañosa: *"nunca"* –enfatiza Castel– podrá aprehender lo social. Una luz que sólo ilumina, un discurso que sólo habla de los aspectos de la realidad exterior vinculados al deseo inconsciente, no puede dar una imagen acabada del mundo material, de la "exterioridad" social y política.

De hecho, el psicoanálisis no es una teoría de las relaciones sociales y no tendría por qué decirlo "todo" sobre ellas (aprehenderlas), como algunos pretenden reclamarle (tanto desde las llamadas "izquierdas" como desde las "derechas"). En cambio, está claro que su especificidad psicológica ha servido de coraza para aquellos que consideran al sufrimiento íntimo de un paciente como ajeno a las determinaciones materiales dentro de las cuales se dan las condiciones de despliegue de la subjetividad y minimizan el hecho de que esa subjetividad está constituida a partir de la inserción social del sujeto, en permanente relación dialéctica con su historia individual y su contextualización social. De tal manera, "la distinción absoluta entre un orden de lo inconsciente y un orden de las relaciones de producción y de dominación (aunque luego se los «articule») establece un cordón sanitario en torno de la ortodoxia psicoanalítica" (Castel, 1980, p. 33).

Esta ortodoxia puede instalarse cómodamente en el orden de lo inconsciente y confiar en que el dispositivo analítico montado absorba todos los embates que desde afuera podrían afectarla, y esconder la vista frente a las implicaciones sociales y políticas que todo psicoanalista lleva en sí y que –de modo inevitable– se expresan en su trabajo clínico y permean la teoría de la que se vale.

En ese sentido, anotemos que las aplicaciones del psicoanálisis a los problemas sociales requerirían de desarrollos teóricos específicos si acaso quisieran superar la condición de meros "puntos de vista". Sin ellos podrían caer en lo que Reich le atribuye, en el sentido de practicar un "racionalismo utópico", que no es "ni original ni revolucionario" y que:

> "trasluce una concepción individualista del fenómeno social", ya que el psicoanálisis, "a diferencia del marxismo, preconiza el reino de la razón y pretende mejorar la existencia social mediante una reglamentación racional de las relaciones humanas y una educación tendiente a lograr el dominio consciente de las pulsiones". (Reich en Castel, 1980, p. 218)

Sobre la tarea de los psicoanalistas

El papel del psicoanálisis chileno ha sido en una serie de temáticas, oscuro y silenciosos y con una dificultad para, desde su registro específico, interactuar con otros campos

Una pregunta pertinente es entonces: ¿por qué el psicoanálisis chileno no ha podido establecerse como un referente respecto a otros discursos culturales? Para responderla es preciso tomar en consideración a los distintos agentes culturales y al propio movimiento psicoanalítico y sus instituciones.

Más allá de las legítimas discrepancias que se tenga respecto a la "teoría cultural" freudiana o a sus procedimientos clínicos, el psicoanálisis es ya parte integrante del legado de la modernidad. Sin embargo, el mundo intelectual chileno, salvo algunos "iniciados" que seriamente han interactuado con el psicoanálisis, desarrollando vínculos ricos y creadores, desconoce referencias fundamentales de los aportes del psicoanálisis. Es claro que la responsabilidad fundamental en este desconocimiento la tiene el papel que los propios psicoanalistas hemos tenido en este "analfabetismo". El carácter profundamente cerrado y "esotérico" que ha tenido el psicoanálisis en Chile, debido a una forma de construcción de desarrollo institucional, fue creando un modo hegemónico de entender el psicoanálisis ligado casi exclusivamente al ejercicio de la práctica clínica y remitiéndolo, en el mejor de los casos, a lo que se le llamaba peyorativamente "aplicaciones del psicoanálisis". Así las políticas de extensión del psicoanálisis terminan reduciéndose a la postura, según la cual se entiende la difusión en los términos banales de "psicoanalizar" ciertas expresiones y consumos culturales, preferentemente el cine, el teatro y la literatura. Por una parte, entonces, una visión psiquiatrizante y mecanicista del psicoanálisis; por otra, una muy pobre idea de cultura.

Esta posición, históricamente dominante, puede ser analizada críticamente: los procesos que se desarrollan al interior de una institución –en tanto ella es un continente desde el cual somos hablados– desarrolla modos de formación e inserción en la sociedad; sus expresiones se juegan a partir de las directrices y los lineamientos que se establecen a partir de la instalación institucional. Suponer entonces que las operaciones del pensamiento

ocurren al interior de un ejercicio a-histórico, donde sólo priman determinantes individuales, es ignorar y reducir el descubrimiento freudiano. Postular que el psicoanálisis y la labor institucional se hace autónomamente, desligada de las condiciones socio-históricas, es pensar ingenuamente.

El psicoanálisis en Chile se desarrolló a partir de una concepción donde se desliza la idea de que una institución psicoanalítica que se precie de tal debe fundarse en algo propio del psicoanálisis, y que por lo tanto ésta no actúa como una formación social más. Este planteamiento pretende ignorar la preeminencia de otras determinaciones propias del ámbito social. La institución analítica debemos concebirla entonces, con arreglo a los derroteros de cualquier funcionamiento grupal ordinario y, por lo tanto, con leyes claramente identificables (Flores, 2001).

Esta postura, en la cual las instituciones son concebidas de un modo en que en ellas primarían fundamentalmente aspectos personales, se expresa en el despliegue de construcciones de "historiografías psicoanalíticas", las cuales, en general, están desarrolladas a partir de una "novela familiar" donde "las madres y los padres" son los constituyentes únicos del entramado institucional y su práctica, y en la cual los conflictos son sólo asumidos sólo desde una vertiente personal, deslizando la idea que lo que está en juego serían fundamentalmente "luchas de poder" a partir de las "caracterologías" de los analistas de la institución, ignorando que la institución es una formación social y cultural altamente compleja.

Esta situación que dominó en gran parte la actuación del psicoanálisis chileno, se tradujo en una gran pobreza de desarrollo conceptual y diálogo con las distintas disciplinas del campo social y cultural. Ejemplo de la hegemonía de un psicoanálisis centrado fundamentalmente en la práctica privada y en gran parte hegemonizado por la psiquiatría, fue la ausencia total de discurso psicoanalítico que se planteara en una posición crítica frente a los hechos que dominaron la escena nacional durante el régimen militar. La presencia dominante del discurso dictatorial instituyó también de alguna manera un modo de presentar al psicoanálisis, coartando su discurso y autocensurando su capacidad de vínculo y escucha crítica, relegándolo a un entramado tecnificado y formalista, expresión de una clínica privatizante y ahistórica.

La creación y desarrollo de nuevas organizaciones e instituciones psicoanalíticas, han sido relevantes en descentrar la hegemonía de un psicoanálisis centrado fundamentalmente en un discurso autorreverberante que ignorando la trama constituyente de los discursos culturales (de los cuales el psicoanálisis es también uno más) había materializado la noción del psicoanálisis como una referencia a la que había que acudir para escuchar "la versión" o "la perspectiva" psicoanalítica, empobreciéndose en los cruces y realimentaciones de los diálogos transdisciplinares.

Esta recuperación del psicoanálisis para el psicoanálisis supone un énfasis en el carácter liberador que este tiene. Esto supone entenderlo, desde sus nexos con la sociedad y la cultura. En este sentido el psicoanálisis no es neutral, en tanto método crítico, que intenta develar lo conflictivo de lo sintomático. El psicoanálisis toma partido por el deseo y desarrolla el entendimiento de la inclusión del sujeto en su realidad, es decir, cuáles son las dinámicas constituyentes de la sociedad y la cultura grabadas en un cuerpo.

El psicoanálisis, puede actuar también en el campo social como una fuerza de cambio, en la medida que la emergencia de lo inconsciente y del deseo derriba toda ilusión encubridora, entendiendo la nostalgia por lo perdido y su elaboración.

Un psicoanálisis, que vinculado a la tradición crítica freudiana y por lo tanto evidenciando las contradicciones y su lugar social, supone una forma de partido por lo humano; en tanto el psicoanálisis es capaz de problematizar la realidad sobre la que piensa, mostrando sus fuerzas actuantes, sus conflictos y sus falseamientos, hace posible no solo describir fenómenos, sino también transformar.

La tarea queda evidentemente abierta: recuperar la relevancia del psicoanálisis como dispositivo teórico cultural y lograr que se puedan promover vínculos entre el psicoanálisis y los distintos discursos, desarrollando tránsitos disciplinares que hagan posible establecer diálogos y comunicación entre el psicoanálisis y el mundo cultural, y relevar por lo tanto el carácter de escucha crítica y de aporte a la comprensión de la sociedad y sus conflictos que el psicoanálisis posee, para de esta manera establecer una relación privilegiada entre el psicoanálisis y los distintos actores sociales de nuestro país, poniendo énfasis en la necesaria relación mutua de enriquecimiento a través del contacto con la sociedad en su conjunto y la consecuente praxis que de ello deriva.

REFERENCIAS

Berman, G. (1964) *Las Psicoterapias y el psicoterapeuta.* Buenos Aires: Paidós.

Castel, R. (1980) *El psicoanalismo, el orden psicoanalítico y el poder.* México D. F.: Ed. Siglo XXI.

Flores, J. (2001) *"Duelo no resuelto e imposibilidad de justicia.* Sobre el problema psicológico de Chile", Acheronta, Revista de Psicoanálisis y Cultura, n. 14 – 2001.

Freud, S. (1921) *"Psicología de las masas y análisis del yo", en Frreud, S.* (1920-1923) Obras Completas, Tomo XVIII. Buenos Aires: Editorial Amorrortu, 1994.

Loreau, R. (2001). *"El análisis institucional nace como crítica a lo instituido", en Loreau, R.* (2001) Libertad de movimientos. Una introducción al análisis institucional Buenos Aires: Ed. Eudeba.

Major, R. "Prólogo", *Cahiers Confrontation, n° 11 - 1984, París.*

Majo, R. & *Tallagrand, Ch.* (2007) Freud. Una biografía política. Buenos Aires: Topía Editoria.

Malfé, R. (1970) *"Consideraciones críticas sobre aspectos ideológicos y técnicos de la práctica psicoanalítica habitual", Revista Argentina de Psicología, n, 4, Buenos Aires.*

Perrés, J. (1998) *"Freud: ¿sujeto político y crítico de su cultura?* (Sobre Freud, la política y lo político)", Imagen Psicoanalítica, Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica, año 6, n. 10, México D. F.

Rozitchner, L. (2003). *Freud y el problema del poder.* Buenos Aires: Editorial Losada.

Volnovich, J. R. *(2003) "¡El psicoanálisis será autogestivo o no será!",* Estados Generales del Psicoanálisis: Segundo Encontro Mundial. En: https://egp.dreamhosters.com/encontros/mundial_rj/download/1_Volnovich_101141003_esp.pdf.